CAPITULO XXIX.

La vida en Caprera.

Garibaldi llegó sin contratiempo alguno á Caprera, donde se dedicó desde luego al cultivo de su pequeña isla, en lo cual debia ser mas afortunado que lo eran sus enemigos políticos Farini y Cavour en gobernar á Italia. Un amigo suyo que fué á visitarle en 1861 nos ha facilitado los siguientes detalles acerca de la residencia del ex-Dictador y del método de vida que observaba éste entonces.

«Durante el invierno y la primavera de 1861 se habia trabajado mucho con objeto de preparar para el cultivo cierta estension de terreno, y ya en el mes de Marzo, conocíase que no tardaria el pequeño jardin en cubrirse de vejetacion. La casita blanca, cuyas habitaciones eran muy cómodas, se habia agrandado con otro piso, rodeándola en parte con un huerto, y habia además un corral lleno de pollos, gallinas de Guinea, patos y otros animales domésticos; á poca distancia de la casa veíase tambien un molino de viento, construido poco tiempo antes.

«A fuerza de trabajo habíanse formado varios caminos que conducian al embarcadero, abriendose asimismo algunos pozos, por medio

de los cuales se estableció un buen sistema de riego, por manera que los árboles y las plantas se desarrollaron vigorosamente, no solo por la abundancia del agua, sino porque estaban resguardados de los vientos por altas murallas de roca.

«No parece sino que Caprera esperaba á que floreciese Italia para ser tambien productiva, y decimos esto porque ahora se encuentra en ella frutos muy buenos y de varias clases, gracias á la mano que supo estirpar de los jardines meridionales de su pais la semilla de los Borbones y las *plantas parásitas*.

«La inofensiva campaña que se hizo en Caprera contra la esterilidad, fué rica en incidentes de mas ó menos interés, mas no haremos aquí mencion de ellos por no traspasar los límites marcados para nuestra obra.

«Visité á Caprera por tercera vez en 27 de Setiembre del mismo año, fecha memorable en los anales de la pobre isla, porque en dicho dia se probó el vino estraido de la primera cepa cultivada por el solitario huesped. El general se hallaba entonces rodeado de toda su familia: Ricciotti acababa de llegar de Inglaterra despues de una ausencia de siete años, durante los cuales terminó su educacion, con la particularidad de que al regresar á Caprera habia olvidado su idioma natal, hasta el punto de que su padre se veia en la precision de hablarle en inglés, y tambien estaba allí Teresita, con su esposo el mayor Canzio, el cual se habia retirado á la vida privada, *Dictatoris ad exemplum*, despues de la anexion de Nápoles al reino de Italia. Menotti habia ido á pescar y no llegó á tiempo para sentarse á la mesa, pero tuvimos el gusto de verle antes de terminar el banquete. La comida fué buena y abundante sin que faltasen algunas botellas de escelente vino de Cerdeña, del cual no probó Garibaldi porque tenia la costumbre de no beber sino agua; al servirse los postres, aparecieron en la mesa los primeros racimos de uvas que habian producido las viñas esportadas de Marsala y cultivadas en Caprera, y entonces mandó el general que trajesen una botella del famoso vino de la isla.

«Los ocho ó diez convidados que estábamos allí presentes, teníamos curiosidad por saber si el general se negaria á probar su propio vino, y bien pronto salimos de dudas, pues cogiendo la botella, echóse un

poco en el vaso y nos dijo entre sério y risueño: «Haré una escepcion de mi regla para probar este vino.» Entónces eleváronse los vasos, y cada cual acercó el suyo á la boca, pero lo dejó bien pronto: aquello no se podia beber; olia mal y tenia un gusto á sulfuro que hizo gesticular á los mas valerosos. Todos empezaron á dirigirse miradas significativas, sin que ninguno se atreviese á pronunciar la sentencia fatal, y yo estaba curioso por saber si habria en la reunion un convidado que tuviese bastante atrevimiento para elogiar el vino, pero ví con satisfaccion que todos preferian callarse á decir lo contrario de lo que sentian. El coronel Missori que estaba á mi lado, me dirigió una espresiva mirada, y ámbos á una, pronunciamos la terrible frase de *¡Malo, muy malo!*, en voz bastante alta para que lo oyesen los demas. Aunque la declaracion era penosa, todos hicieron coro, mas el general no dijo una palabra; sin duda sentia que su primera prueba saliese mal, y el hecho es que no vimos el semblante de Garibaldi animarse con esa sonrisa característica que vagaba en sus labios cuando conseguia el triunfo sobre alguna cosa. Es indudable, sin embargo, que el vino de Caprera llegará á ser muy bueno, pues las uvas son magníficas, así por su aspecto como por su buen gusto, y tambien los higos que allí se cultivan son inmejorables.

«Por lo demás, debe advertirse que en Caprera faltan muchas cosas para que se pueda disfrutar allí de todas las comodidades de la vida, si bien es cierto que el general se contenta con muy poco; sus únicos placeres están reducidos al café y al tabaco, y este no le falta nunca, porque sus amigos de Niza tienen siempre la atencion de enviarle algunas cajas de sus cigarros favoritos, atencion á que parece estar muy agradecido Garibaldi.

«El ex-Dictador se muestra siempre muy amable y bondadoso con cuantos van á visitarle, y parece complacerse en obsequiar á todos, pero lo hace con una sencillez y buena voluntad, que basta para captarse desde luego las simpatías de los que tienen el gusto de oirle y hablarle. Cierto dia me dijo: «Pedidme alguna cosa; hacedme este favor, pues me será muy grato satisfacer vuestros deseos,» y conmovido al oir estas palabras tan cariñosas como espontáneas, le rogué que me diera dos fotografias, firmadas por él, una para mi madre y otra

para mí. «Muy bien, contestó el general, permitidme entonces que vaya á buscarlas ahora mismo, pues de lo contrario se me podrian olvidar.» Y bajando del molino donde entonces nos hallábamos, me condujo á su cuarto y me entregó tres retratos con su firma, poniendo además una amistosa dedicatoria en el que estaba destinado para mí. «Este es para vos, me dijo el general, este otro para vuestra madre, y con el tercero, podreis hacer un obsequio á un amigo si así os place.» ¿Puede esperarse mas bondad y esquisita delicadeza en el hombre que daba una cosa sin habérsela pedido?

«Y adviértase que todo esto es natural en Garibaldi, que todo lo hace sin afectacion, y su misma sencillez es la que mas impone á los que van á visitarle sin conocerle; no estudia los movientos ni rebusca las palabras, en el general todo es espontáneo.

«Las contínuas visitas de los que iban á buscar retratos ó á satisfacer su curiosidad, llegaron á molestar, así al héroe como á su familia, pero solo una vez hizo una observacion que envolvia una queja y que revelaba hasta que punto habian llegado á mortificarle aquellas. Al volver cierto dia Menotti y Basso de una escursion que habian hecho por la costa oriental de Cerdeña, comenzaron á referir los detalles de su viaje, y como dijeran entre otras cosas que habian descubierto una isla mas pequeña que la de Caprera, pero mas salvaje, murmuró el general sonriendo con aire melancólico: «Quisiera haberla visto antes de establecerme aquí.» Esta es la única vez que le oí quejarse indirectamente. No cabe duda que para su tranquilidad de espíritu y para su reposo, hubiera estado Garibaldi mejor en medio de la córte que no en la solitaria isla de Caprera, donde se vé siempre precisado á recibir á los numerosos viajeros que van á visitarle. El cómo no ha cambiado su caracter, hasta llegar á ser irascible, es para mí un misterio, pero al mismo tiempo una prueba evidente de su infinita bondad y de su grandeza de alma, pues dá á conocer que está siempre dispuesto á sacrificar su propia comodidad, si con esto consigue complacer á los demás ó ser útil para ellos. Garibaldi es mas humano que patriótico y no puede ver sufrir á sus semejantes sin hacer lo posible para ayudarles.

«Así por ejemplo, si un barco está á punto de naufragar ó de estre-

llarse contra los arrecifes en uno de los canales que conducen á la bahía de Madalena, cuando los pasajeros, para quien aquellos parajes son desconocidos, pierden ya toda esperanza de salvacion, ven aparecer un bote tripulado por dos hombres que visten el trage garibaldino, y este bote avanza á todo remo sobre las furiosas olas, conduce á puerto seguro á los que creian llegada su última hora y vuelve tranquilamente á Caprera. El lector habrá comprendido ya que los dos intrépidos marinos no son otros sino Garibaldi y su hijo Menotti. Yo presencié una escena como la que he descrito y oí referir muchos hechos semejantes en Madalena, donde, digámoslo de paso, se habla siempre del general con muestras del mas profundo respeto.»

En medio de sus quehaceres domésticos, Garibaldi no dejaba de interesarse por los asuntos públicos y la marcha política de su pais, pues algunas veces presentábase en Turin, tomaba asiento en la Cámara y presidia algunas juntas de patriotas. Despues de la muerte de Cavour, comenzó á ir con mas frecuencia y conferenció diversas veces con Ratazzi y Ricasoli, pero volvia bien pronto á su retiro, á fin de no verse mezclado en las intrigas con que trataban de comprometerle los políticos.

Tal era el método de vida de Garibaldi en Caprera, y tal fué su conducta hasta que el grito de Italia le llamó de nuevo á las armas.

CAPÍTULO XXX.

Agitacion en Italia.—Garibaldi hace sus preparativos para una nueva espedicion.—El pueblo se arma.—Política del gabinete italiano.—Intrigas de Francia.—Negociaciones diplomáticas.—Animosidad de los reaccionarios y de los franceses contra Garibaldi.

Durante 1862, llegó á su colmo la agitacion del pueblo en Italia, pues el llamado *partido de accion*, pedia la guerra para libertar á Roma y á Venecia, mientras que los conservadores deseaban alcanzar el mismo objeto por medio de la diplomacia. El rey de Italia trataba por todos los medios posibles, mas ó ménos indirectamente, de hacer un arreglo con el Papa para que este resignara en sus manos el poder temporal, ofreciéndole en cambio el apoyo necesario para que su autoridad eclesiástica estuviese representada con todo el esplendor que pudiera ambicionar un Pontífice.

Tambien se dió á entender al Papa que en el caso de una negativa, se veria obligado el rey á promover un revolucion enviando tropas á Roma, si por un convenio con el Emperador Napoleon se conseguia que este retirase su ejército. Era preciso que el Pontífice tomase una determinacion para principios de Febrero.

La *Gaceta de Turin* publicó una carta de Roma en la cual se de-